



INSCRIPCION PARA EL BUSTO DE CERVANTES, por José ANTONIO CALCAÑO

A MIGUEL CERVANTES copia  
La efigie que ves presente,  
Fué pasmo de extraña gente,  
Regocijo de la propia.

Fortuna le hirió con saña,  
Mas saña tan sin fortuna,  
Que ántes fué esa saña á una  
Su fortuna y la de España.

Fué tornar fausto lo adverso,  
Grande lo humilde, su sino:  
Su ingenio humilló al destino  
Dando á sus fallos reverso.

Falló contra su galera  
Con doble estrago y espanto,  
Y esa fué la que en Lepanto  
Dejó al infiel sin bandera.

Para pena y por balion  
A la Mancha le condena,  
Y él hizo númen la pena  
Y de la Mancha blason.

Aherrojóle en lo profundo  
De un calabozo nocivo,  
Y fué de allí que el cautivo  
Salió á cautivar el mundo.

Ansia, implacable deseo  
Le fué el extinguir su noml re,  
Y ya lo repite el hombre  
Por tres centurias arreo.

Ya poeta, ya guerrero,  
En ingenioso artificio,  
Dió muerte su pluma al vicio,  
Dió vida al honor su acero.

Y entre donaire y hazaña  
Inmortalizó en la historia,  
Con una mano, su gloria  
Y con ambas, la de España.

## CAPITULO QUE SE LE OLVIDO A CERVANTES

Intendame chi puo, i' m' intend' io.

PETRARCA.

Algunas veces te he oído, prosiguió don Quijote, que nos estuviera mejor volvernos luego á casa á cuidar de nuestras haciendas y familias, y vivir como hombres de bien y buenos cristianos, dejando las aventuras á los Palmerines y Amadisés. Mira lo que dices, Sancho, y no te dejes llevar por la corriente de tu simplicidad, la cual te vuelve mas tonto y menguado de lo que realmente eres. Si yo renunciara á mis acostumbrados y famosos hechos, ¿qué fuera de los afligidos y los huérfanos, de las doncellas agraviadas, las viudas menesterosas y las princesas encantadas? Y ésta mi buena y cortadora espada, ¿había de permanecer ociosa, tomándose de orín en un rincón? No se inventó para mí la blandura del reposo, ni sufre mi temperamento vivir bajo tejado, cuando la naturaleza me brinda con sus libertades, y la ancha bóveda del cielo me cubre en toda su extension, debajo de la cual voy consumando altas acciones, llevando á cima las obras á que los hados me destinaron aun ántes que naciera.

— Dígame, señor don Quijote, dijo Sancho, ¿qué llaman hados los andantes caballeros?

— ¿Hados? Hados son los que la gente rústica y de vulgo, á la cual tú perteneces, suele llamar destino; y si me entiendes, aquella fuerza en cuya razon nadie es dueño de dejar de hacer tal cosa, de ir á tal parte ó de dejar de ir; ó en una palabra, hados son los decretos que en bien ó en mal están escritos por la Providencia de toda una eternidad. Esto los filósofos suelen llamar suerte, los teólogos predestinacion, hados ó estrellas los poetas, y el vulgo, como te llevo dicho, se contenta con llamar destino.

— Y segun esa teología, vuesa merced ¿qué viene á ser? replicó Sancho. Paróse don Quijote, y por de pronto no supo qué responder sospechando que la pregunta envolvía alguna malicia.

— Yo vendría á ser poeta, respondió al fin con un sí es no es de rubor, si no estuviera visto y conocido que fuí, soy y he de ser andante caballero, sin que otra profesion distraiga mis pensamientos, ni ocupacion alguna que no pertenezca á las armas y diga bien con los impulsos de mi valeroso pecho. Y aunque es verdad que cuando mas enamorado estuve no dejé de urdir y tejer algunos tiernos madrigales, por vía fué de pasatiempo, y por dar vado á las penas que me hervian en el corazon, las cuales, si no las exhala en blandas quejas y armoniosos suspiros, suelen lastimar el alma y desmear el brazo. O para decirte de una vez, la andante caballería encierra en sí todas las profesiones, y el que la sigue está obligado á parecer inmediatamente aquello que se le ofrece parecer; porque figúrate que andando por esos mundos de Dios topemos algun sabio nigromante, como me sucedió cuando entré en la cueva de Montesinos; ¿no era preciso tener buen repuesto de sabiduría, y aun algunas puntas y ribetes de mago, para poder ir á un paso con aquel sabio Merlin de quien tantas maravillas has oído? ¿Qué figura habría hecho yo en su presencia, si no hubiera sabido á qué quedarme en cuanto á su ciencia de lo pasado y sus predicciones de lo venidero? Pues te sé decir que no nos quedamos nada á deber, y que tan admirado quedó él de mí, como yo de él.

— Eso yo lo creo bien, exclamó Sancho; como que nadie que no sea rematadamente ciego, puede dejar de hacerse cruces de las cosas de mi señor don Quijote. Volvió á mirarle don Quijote, y volvió á ver si Sancho no quería hacerle burla. Mas el buen Panza, que harto conocia los efectos de la cólera de su amo, añadió sin pérdida de tiempo: digo que las acciones de vuesa merced están siempre encaminadas á lo mas glorioso, y que mi señora Dulcinea tiene el más galano y merecedor caballero que nunca se vió por toda la redondez y circunferencia de la tierra.

— Has de decir circunferencia, dijo don Quijote; pues no está bien que el escudero de un tal caballero como yo soy, hable tan á lo rústico y villano. Y como te iba á decir, no pocas veces se hallará á sí mismo el caballero andante en la precision de ser poeta; pues sin el amor, tan una mesma cosa con él, vanos é inútiles serian los esfuerzos de los caballeros, muchos de los cuales se llamaron y fueron trovadores. A éstos la galantería les pone muchas veces en el artículo de sacrificar á las musas, como cuando en algun castillo encantado alguna apasionada doncella les canta por la noche á su ventana las armónicas y rimadas sensaciones de su alma, pidiendo misericordia para sus amorosas cuitas. ¿Qué harías tú, Sancho, si te encontrases incapaz de responder del propio modo á sus solicitudes?

— Por vida de mi mujer, respondió Sancho, si no hay quien no sea poeta, con mas razon lo había de ser yo, que no fuí tan extraño á ese oficio; pues si me sé acordar, en un cumpleaños de Marisancha escribí una cosa como versos, ó como se llaman; pero estaban igualitos, precisamente como los he visto en algun libro que acaso tuve á la mano.

— ¿No me has dicho que no sabias leer ni escribir? le interrumpió su amo; ¿cómo los escribiste?

— Digo que los repasé, y ensarté y acomodé en la memoria, de modo que cuando llegase el instante de necesitallos, me saliesen uno por uno en orden y sin atropellarse.

— ¿Y qué tales te salieron?

— Flauteados, y melosos y blandos como unas gachas. ¿No es el modo de hacerlos el ir contando con los dedos y dándose de calabazadas contra las paredes, para hacer venir ideas?

— No, hombre, eso lo hacen los tontos.

— Pues así los hice yo.

— Pues mal año para tí. La poesía es inspiracion divina: Apolo viene por sus pasos, y no se le arrastra como al degolladero. Muchos hay, es verdad, que componen versos; pero como un maquinista hace máquinas, como un alarife acomoda las sillares en el edificio. Los tales, aun cuando tengan facilidad para metrificar, y aun cuando el vulgo necio los llame poetas, no lo son, sino poetastros, que no hallan subida al Pindo. La poesía no está fuera del hombre, está dentro de él mismo; por manera que un verdadero poeta por fuerza es hombre bueno, de alma grande, de corazon noble, despreciador de los vicios ruines: la codicia, las industrias lucrativas no tienen lugar en su pecho; y rico de los bienes de la naturaleza, se sonríe de los de la fortuna. El poeta de alma, de corazon, no de cabeza, es enemigo de los malos: ni envidia, ni maldice, ni malquista, ni injuria solapadamente á aquellos cuya reputacion le molesta; ó mas bien, al verdadero poeta no le molesta la reputacion de los demás, porque él se siente superior, ó está pronto á reconocer la superioridad ajena; otra virtud. La poesía es la belleza, la perfeccion del

alma : poetas malvados, no los hay, te lo puedo afirmar y te lo afirmo; poetas ruines, mucho menos. El padre Homero mendigaba el pan de la vida; mas á modo de patriarca, cantando fragmentos de su divino poema, con la lira en la mano; esto es, siempre digno y sublime. El ingenio puede llegar á mucho, no lo niego; los algebristas son ingeniosos : ingenio seco, sin jugo, que no se paladea sino con trabajo y disgusto : la poesía es húmida, jugosa, mana de una fuente viva, que dentro del pecho está brotando de continuo su límpido raudal. Quien al componer sus metrificaciones no se sintió conmovido interiormente; quien nunca sintió las lágrimas en los ojos á tiempo que escribía, mal puede llamarse poeta : á esfuerzos de su mediana inteligencia hará versos, en buena hora; este será una máquina de hacer versos.

— Segun esto, dijo Sancho, ¿yo soy máquina de hacer versos?

— ¿Has compuesto muchos?

— Hasta unos seis.

— Pues ¿qué máquina has de ser, hombre?

— ¿Necesario ha de ser componerlos en gran número?

— No digo eso; pero calla, majadero, que ya me estás importunando; ni es ahora tiempo de oír sandeces tuyas; pues si el vivo deseo de acometer alguna inaudita aventura no me engaña, ahora mismo se me ofrece la ocasión de consumarla, y tan extraordinaria y grande, como nunca me sucedieron.

En esto se oyó en una casuca de campo, que acaso por ahí se hallaba, el rasgueo apresurado de una guitarra, junto con la voz más tuna y regocijada que se puede imaginar; y acudiendo los viajeros á ver qué era ello, no era todo sino una gira, en la cual unos buenos frailes holgaban á su sabor ahorrados de faldas, con gorros á la turca, apesar del cerquillo, en buena paz y compañía con media docena de esas que suelen llamarse mozas del partido. Detuvo don Quijote á Rocinante, y en el más grave tono que le prestó la voz dijo á su escudero : ves aquí, Sancho, el trance más delicado y de mayores consecuencias que la suerte habia deparado á mi fortuna. Estaba previsto de *ab eterno* que la fuerza de mi invencible brazo habia de dar al traves con el poder de los infieles, y arrancar de sus impías manos la santa ciudad de Dios, por la cual tanta sangre derramaron los príncipes cristianos. Esos que ves allí son nada menos que los reyes y caudillos moslemíticos, deliberando sobre el cómo han de dar fondo con los ejércitos de Jesucristo, y esas señoras son sin duda algunas cautivas reinas y princesas, que los turcos reservan para sus harenes, en mengua y deshonra de las ciudades de Europa. Pues aun cuando te parezca que andamos por los campos de España, la Providencia me ha traído por misteriosas sendas y desconocidas á este famoso teatro, la sagrada Palestina, en donde ponga yo en ejercicio los irresistibles empujes de mi brazo, y consume y acabe la libertad de la ciudad de Cristo, esclava tantos años, por falta de un andante caballero. Ese que ves allí al frente de los demás, es Selim, rey de Jerusalem, venerable tanto quanto á despecho del mahometismo que profesa; ese gigante fosco que aruga la frente y amenaza soberbio á cielos y tierra, es el descomedido Argante á quien yo ponga luego en pretina, y enseñe cómo se trata con andantes caballeros. Mira por otro lado á Soliman, que habiendo perdido sus reinos, ha venido á ofrecer su espada al rey de Palestina : este infiel es de fuerzas prodigiosas y de

valor á prueba de leones : peor para él ; así se cebará mi saña en él más y mejor, y aprenderá á ser flaco y pusilánime, cuando su mala estrella le depara encuentros con el caballero de la ardiente espada, como estoy propuesto llamarme de hoy para adelante.

— ¡Ah, señor caballero de la ardiente espada, le interrumpió su escudero; ahora que ha nombrado *estrella*, ¿es vuesa merced teólogo ó poeta? Miróle don Quijote puesto en cólera, que no le gustaba el hincapié de Sancho en esa materia, tocada solo de paso. ¡Qué va de estrella á teología, bellaco villano! gritóle, y requirió el lanzon; á lo que te sé entender, tú quieres ponerme la mano en la horcajadura : reñido estás con la vida, ¡Panza indigno! Y le asentó tal palo entre la oreja y el hombro que mal su grado tambaleó Sancho, como quien se ha bebido un odre de aguardiente. No lo dije por tanto, señor caballero, exclamó el maltratado Panza, viendo que su amo estaba ya á punto de asegundar la caricia; sino que como esta *maldita estrella* se me ha quedado en la frente, no pude ménos de dejarla caer cuando me la tocaron. Si es así, te lo perdono, dijo el caballero, y vuelto á su reposo, prosiguió : allí descubro tambien al mago Ismeno, el de la larga barba y elevado turbante; hechicero muy peligroso, donde no se le oponen las reglas de la andante caballería. ¡Ah, don Soliman! añadió en su heróica exaltación : hora habeis de llevar la expresion de mi voluntad y de mis amorosas ansias á la señora de mis pensamientos, si no de buen grado, rabo entre piernas y con una cadena á cuestras.

Asombrados los frailes, no ménos que Sancho, oían las locuras des don Quijote; si bien no tuvieron mucho tiempo de admirar las palabras, porque las acciones iban á poner el colmo á su sorpresa. ¡Descomunado y villano muchedumbre! dijo en voz colérica y alzada, dirigiéndose á los frailes : dejadme luego en libertad á esas princesas, ó sois muertos al instante. Y sin esperar respuesta ni disculpas de ninguna clase, arremetió con ellos tan furioso y violento, que los buenos de los religiosos no tuvieron tiempo ni voluntad de sostener la acometida; y viendo que tenia que haberlas con un loco nada manso ni católico, echaron á huir por esos campos. en habitillo como estaban, dejando por botin de guerra á su vencedor todas las provisiones de su francachela, incluso las barraganas; las cuales, unas por desmayarse, otras por dar voces, otras por favorecer al mal herido sacerdote con el cual encontró primero la lanza de don Quijote, no tuvieron ánimo ni comodidad de huirse. Entónces el vencedor, poniendo la punta de la lanza en el pecho del caído : confesad, dijo, que os vencí en singular batalla, y prometed que ireis luego á presentaros á la sin par Dulcinea, en homenaje á su hermosura incomparable, y como prueba del valor y la constancia de su mal ferido caballero.

— No tiene que confesar ni que prometer, dijo á esta sazón una de las pelanduzcas, que ya iban recobrando sus espíritus, sino que vuesa merced le ha estropeado y muerto sin motivo, y que vamos ahora mismo á dar cuenta á la santa hermandad, de que anda por aquí un loco furioso hiriendo y matando á la gente, sin esperar razon ni disculpa.

— Altas y poderosas señoras, respondió don Quijote, bien es de princesas de vuestra alcuernia, y de generosos pechos como los que ahora me roban los sentidos, implorar por sus propios enemigos, y pedir á sus vencedores el perdón de quienes las habian cautivado. Pero no era ménos obligacion mia acometer á esta turba esmandada, y volveros á la dulce libertad que habíais

perdido, á despecho de la religion y de la cortesía que se debe á vuestro sexo.

— No somos altas ni gordas, interrumpió la misma que habia hablado; somos unas pobres mujeres, que cansadas de trabajar, vinimos á pasar el dia en el campo con nuestros primos, que vuesa merced ha tan inhumanamente muerto ó dispersado.

No la dejó don Quijote continuar, y con el más fino y esmerado galanteo, dijo no os curedes de estos males, hermosas criaturas, que puesto que lo parecen, no lo son en realidad, sino bienes que al fin y á la postre habeis de agradecer á quien los obra. Y dirigiéndose á su prisionero, le dijo con rudeza: levantaos, si aun sois vivos; y si la vida os incomoda, hablad luego, que yo os hago el servicio de quitárosla.

No pudo sufrir el buen padre este favor, y sabiendo por experiencia que más tardaba su enemigo en decir que en hacer, paróse al punto con indecible agilidad, sin otro daño en su vencimiento que una fuerte contusion en las costillas. Y como le pareciese contra la religion el hacer falso juramento, pues no habia él, religioso casi viejo, de ir á presentarse á ninguna Dulcinea, como vencido y prisionero, negóse á lo que su vencedor mandaba, diciendo que ántes perderia mil veces la vida. Pues ahora vendreis conmigo, y yo sabré para qué penitencia os guardo, dijo don Quijote, vuelto ya á su cólera; y ordenóle como luego echase piernas en las ancas de Rocinante, al cual escaló, seguro de ser obedecido. Pero el fraile estaba puesto en que eso no podia ser; con lo cual el caballero, inflamado en buena ira, saltó abajo, y con el lanzon en ristre, le amenazó pasarle de parte á parte, si al punto no obedecia. No creyó el pobre sacerdote de su conveniencia echar mas leña al fuego de su adversario, y suplicándole llegase Rocinante á un altillo que por ahí estaba, montóse en la grupa á horcajadillas, con el hábito arregazado y el cogote al aire, y principiaron á trotar por esos caminos de Dios. Con más, que don Quijote le habia obligado á traer la guitarra en la mano, de suerte que era cosa de ver figura como la que componian dos personajes de tan diferente condicion y aspecto, sobre un espectro de caballo, con una guitarra á cuestas.

Sancho, que por su cuenta habia tambien echado pié á tierra, cuando vió que no era batalla de correr peligros, dedicóse sin reparo á una canasta de bizcochos y un frasco de aguardiente que pudo haber á la mano, y acaricióles hasta que su amo el batallador hubo dado la orden de montar; la cual fué por él obedecida sin el menor refran, observacion ni plática, cosa rara en uno como Sancho. ¿Qué te parece, Sancho, dijo don Quijote, que hagamos de este descomedido mahometano? No veo yo por donde este buen religioso pueda ser mahometano, respondió el escudero; y lo mejor que pudiéramos hacer fuera entregarlo en su convento, y allá su prelado ó superior le infrinja el castigo merecido por estas borracheras, que tan á ménos traen las órdenes religiosas. Ya te dejaste decir infrinja, otro despropósito, le interrumpió su amo: lo que yo entiendo es que quisiste decir imponga; pues el mismo verbo infligir es ya rancio y de ninguna significacion en lo bien hablado. Y sírvate de regla que ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo, para que pueda pasar.

— Yo no entiendo de arnaconismos, señor mio, dijo Sancho; ni sé de verbos sino que el Verbo divino se encarnó en las purísimas entrañas de María, por obra y gracia del Espíritu Santo.

— Eso no hay quien lo quite; pero no puedo sufrir oírte hablar tan necio, cuando con ser mi escudero debias por esta misma razón usar términos cultos y adecuados para las circunstancias. Y en lo de llevar, como dices, á este religioso á su convento, no me parece mal; puesto que mejor estuviera presentarle al Congreso, porque vean esos legisladores cuán sin eficacia son sus leyes, y cuán á despecho de ellas y de las buenas costumbres andan relajados estos frailes. Y yo te sé decir que á ninguna congregacion le corre más estrecho deber de ceñirse á la moral, si exceptuamos la orden de la andante caballería, que á los que profesan el sacerdocio, por cuanto en ella están las cosas de Dios, y por cuanto seria cosa más del infierno que del cielo, servirse de impuras manos en los sacrificios. Esto ha sido así desde los primitivos tiempos, como que los sacerdotes idólatras mismos debian ser los más santos de los hombres. Ahí tienes á los de Isis, ahí á los de Apolo, ahí á los flamines de Júpiter: ve qué respeto y venerabilidad, para espresarme de este modo, inspiran á los demás esos mortales privilegiados. ¿Entróse nunca al antro de Trofonio sin un secreto terror, que así te lo causaba el Dios como el misterioso sacerdote que le servia? De las preeminencias que gozaban los sacerdotes, se seguia ser tan severas las penas con que las leyes castigaban á los indignos de su santo ministerio. Clodia Leta fué enterrada viva por haber roto sus votos, y lo propio sucedió á otras varias sacerdotisas de Vesta, las cuales, como acaso oiste alguna vez, llamábanse vestales. Si, pues, tanto rigor corria con los paganos sacerdotes, ¿qué no deberia ser con los cristianos? es por esto que no me parece bien contentarnos con presentar este buen fraile á su provincial, el cual le mandará por castigo de visitador á una provincia, revestido de extraordinarias y plenas facultades; más ántes exponerlo á la vergüenza pública de modo que le pese. Ahora verás lo que hago.

Y como en esto habian entrado á la ciudad, ibanse por sus pasos encaminando al palacio del cuerpo legislativo, llegados á donde, desmontóse don Quijote, arrastrando consigo al fraile, al cual le quitó *velis nolis* la chupa de piqué blanco de algodón, y en mangas de camisa entróle en vilo en la sala misma de sesiones. El presidente hubo de preguntar qué era ello; y dicho lo que pasaba, mandó con indignacion se echase *ese loco* fuera, y el religioso á su convento.

JUAN MONTALVO.

## CRONICA

Destinada esta seccion de nuestra hoja á registrar únicamente los acontecimientos que tienen, por decirlo así, carácter histórico, no puede ser muy extensa, sobre todo en tratándose de quincenas tan poco fecundas como la que hoy termina.

El acontecimiento dominante es sin duda alguna el chasco sufrido por sir Neville Chamberlain, embajador ingles cerca de Shir-Alí, emir de Cabul en el Alfagnistan. Hé aquí los hechos en pocas palabras:

Sabido es que la influencia rusa se extiende de día en día en el Asia central y que sus conquistas por esa parte corren parejas con, si no exceden, á las que ha hecho en Europa. En dias pasados el czar envió una embajada á Cabul, y como un paso de tal naturaleza no dejaba de inspirar recelos á la Inglaterra, esta se

apresuró á acreditar tambien un enviado cerca del emir, pero sea por influencias rusas, sea por cualquiera otro motivo, el emir no ha tenido por conveniente recibir al enviado de S. M. B., quien se propone vengar la afrenta á balazos. La importancia de este incidente no se oculta á nadie y la prensa inglesa ha estado unánime en pedir el castigo del insolente emir, causa consciente ó inconsciente de un rompimiento probable entre la Rusia y la Inglaterra.

Estas dos naciones están, como quien dice, buscándose camorra y el motivo más insignificante puede servir de pretexto para una guerra; sin embargo, es posible que esta guerra, una de las más acertadas entre las previsiones de la política europea, no sea tan inminente... si alguna de aquellas potencias no estuviese aún suficientemente preparada para tal emergencia.

Sea de ello como fuere, el emir no las debe tener todas consigo, pues por estas ó por las otras, de todos modos está perdido.

F. M.

## NUESTROS GRABADOS

### Jenner.

Ya en prensa nuestro número anterior, llegó á nuestra noticia la notable distincion de que ha sido objeto el autor de la escultura que representaba el grabado de la primera página, Señor Julio Monteverde, artista italiano, y que, aunque no es conocida oficialmente, es ya del dominio público. El Señor Monteverde ha merecido por aquella obra el primer premio de escultura en la Exposicion Universal.

Tal distincion es muy merecida, por más de un título. El asunto escogido no podia ser mas simpático, ni la ejecucion podia ser más esmerada. El Señor Monteverde hace honor á la Italia, ese foco inmortal de todo progreso artístico.

### Cervántes.

El inmortal autor del Quijote fué retratado en vida dos veces, una por Pacheco, suegro del célebre Velásquez, otra por Jauregui, el conocido poeta. Pero ninguno de estos dos retratos ha sido hallado, á menos que el que regaló el Conde del Aguila á la Academia española y que se atribuye á Alonzo del Arco, sea uno de aquellos.

En el prólogo de sus *Novelas ejemplares* se retrata Cervántes en estos términos:

Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata — que no há veinte años que fueron de oro, — los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos — porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, — el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés; este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, — llámase comunmente MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

Y es del caso recordar aquí que, guiándose única-

mente por esta descripcion que de él mismo hace Cervántes, habia ya publicado un célebre grabador ingles, llamado Kent, un retrato de Cervántes, que coincide perfectamente con el que la Academia española reconoció por auténtico, y cuya copia, debida al distinguido dibujante español Señor Vierge, damos hoy.

Pálido en demasía y fuera de sazón seria pretender escribir algo en honor del inmortal *Manco de Lepanto*; al dar, pues, su retrato nada mejor hubiéramos podido hacer en homenaje á su memoria que reproducir las dos composiciones con que engalanamos hoy nuestras columnas. Es la primera, la bella *Inscripcion para el busto de Cervántes*, obra del fecundo cuanto galano escritor JOSÉ ANTONIO CALCAÑO, natural de Cartagena (Colombia), y que tanto lustre ha dado á su segunda patria, Venezuela, que desde 1867 representa como cónsul en Liverpool.

El *Capítulo que se le olvidó á Cervántes* y que bien pudiera titularse, tanto es acertada la imitacion, *Capítulo que le falta al Quijote*, es la obra del distinguido escritor ecuatoriano JUAN MONTALVO, que hace tantos años reside en Colombia y que es, sin disputa, — no se nos tachará de exagerados en nuestros elogios, — uno de los primeros prosadores sur-americanos.

### Exposicion del Salvador.

En otra parte verán nuestros lectores dos juicios críticos sobre las secciones *venezolana* y *salvadoreña* en la Exposicion universal, que hemos traducido para LOS ANDES.

Nuestras apreciaciones sobre los expositores americanos y sus productos, podrian creerse exageradas, cuando no apasionadas. Por eso es por lo que hemos preferido tomarlos de la prensa francesa que, á Dios gracias, comienza á ocuparse, cuando habla de nosotros de algo más que de nuestros desvarios y de nuestras faltas.

La vista que publicamos, puede dar una idea de la *Exposicion del Salvador*, una de las más interesantes entre las de Hispano-América, por más de un título.

Y ya que hablamos de la Exposicion, nor es grato anunciar á nuestros lectores de América, una serie de artículos sobre las «Maravillas de la Exposicion» ya propios, ya encomendados á plumas muy competentes y que empezaremos á publicar en nuestro próximo número.

### Scherzo.

El cuadro que hoy reproducimos y que se encuentra en la seccion francesa de Bellas-Artes de la Exposicion universal, es una de las más felices concepciones del afamado artista M. Bonnat.

Su título, *Scherzo*, tomado del italiano, y que no es ni la simple sonrisa, ni menos la ruidosa carcajada, sino la juguetona expresion de la travesura, está traducida con inimitable maestría en las fisonomías de esa italianita de ocho á diez años que retoza sobre las rodillas de la joven madre, no menos risueña que ella.

Es esta una de esas producciones del arte, ante la que ninguna fisonomía puede permanecer indiferente, porque despiertan en el alma del espectador los sentimientos que el artista quiere evocar ¿Quién no sonríe al aspecto de esa bella mujer y de su hija? — Con razon se ha dicho que el arte no es sino la naturaleza vista al través de una alma. M. Bonnat es del número de aquellos que gozan de tan envidiable privilegio de ver con los ojos del alma y traducir lo que ven; es un verdadero, un grande artista, y para convencerse de ello basta mirar el delicioso espécimen que damos.



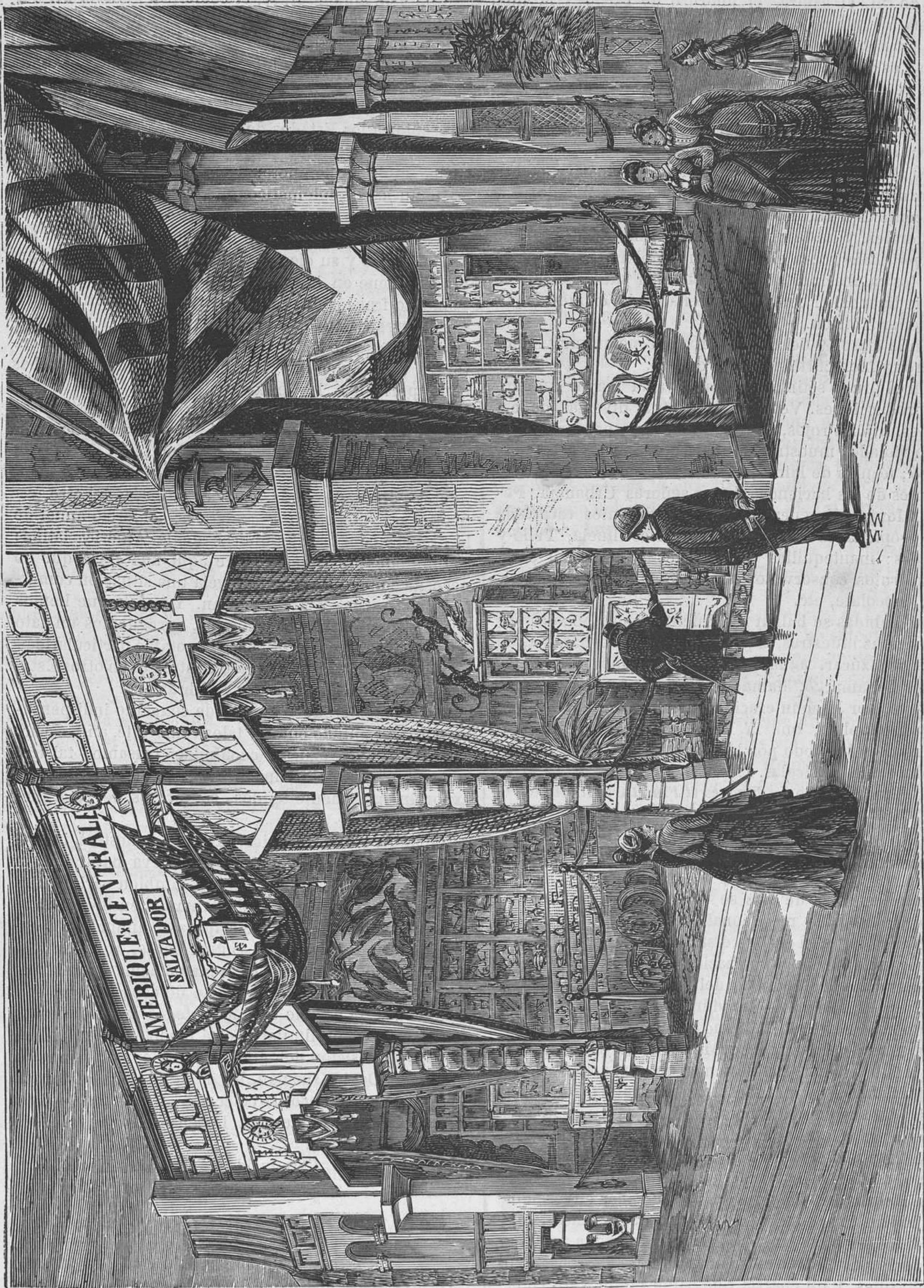
SCHERZO DE BONNAT

### LA EXPOSICION DE VENEZUELA.

Venezuela ha presentado á la Exposicion de Bellas Artes varias pinturas y dibujos, entre los cuales hemos notado particularmente un retrato del general Ibarra, debido al pincel del señor Herrera Toro, de Caracas, y un estudio ejecutado por el señor Tovar y Tovar, natural tambien de allí. Este último es uno de los mas distinguidos alumnos de M. L. Cogniet.

En el grupo segundo se hallan diversas obras escritas é impresas en Venezuela, y que versan sobre educacion; muestras de los trabajos de la Escuela Normal; libros de historia de las Repúblicas del Sur; numerosas publicaciones didácticas; manuales para el estudio de las ciencias; manuales de legislacion; publicaciones sueltas; romances; poesías; diarios de Venezuela, etc. y cartas geográficas y mineralógicas del pais.

En el grupo tercero se encuentran tejas para cubrir, medias tejas y ladrillos compresos. Hay un sombrero fabricado con hojas de sen; canastas hechas de estropajo: dos cestas y un sombrero de mujer, hecho de lo mismo; bordados ejecutados con mucho arte; un cuadro bordado en oro, y que representa las armas de la ciudad de Paris; galante atencion hecha á la insignia de nuestra capital, y que bajo el punto de vista artístico, hace mucho honor á las señoritas Rosales. Lo que mas digno de atencion nos ha parecido, sin embargo, es una vidriera en que se exhiben muestras de calzado. Hay sobre todo varios pares de chinelas de tan elegante corte, que ciertamente no son nada inferiores á lo que se fabrica en Paris. Los expositores de estos objetos son los señores Delfino y Compañía. Mencionemos tambien una invencion muy ingeniosa para uso de los sastres: el *frac-metro*, instrumento que mide con rara precision.



VISTA DE LA EXPOSICION DEL SALVADOR

EXPOSICION  
MUNICIPAL  
MADRID

El grupo quinto está representado por dos columnas cilíndricas formadas de todas las muestras del reino mineral. Venezuela es extraordinariamente rica en minerales. Encuéntrase allí todos los calcáreos y un gran número de metales, desde el mármol blanco, los fosfatos de cal, el azufre, el fluoruro de calcio y la ulla, hasta los minerales argentíferos, las piritas de cobre y los cuarzos auríferos. Pero lo más interesante de esta clase es la colección completa de todas las maderas que se encuentran en los bosques antiguos de Venezuela, y que son propias para diversos usos, tales como las construcciones, la ebanistería y la tintura.

No olvidaremos las cortezas de plátano, que sirven para fabricar papel y curtir cueros; las lanas vegetales, el caucho, el algodón, la cochinilla, los productos farmacéuticos naturales ó preparados, las diversas aguas minerales, y hasta un elixir que, á juzgar por su título de *quita dolor*, cura el mas fuerte dolor de muela; en fin, los calabacinos que contienen el sutil veneno de los indígenas, el curare, y que han sido expuestos por el señor Thirion.

En la clase 49 del mismo grupo se notan muy bellos cueros y bien curtidas pieles de boa.

En el grupo sétimo se encuentra el mayor número de producciones. Véanse allí muestras diversas de cereales, frijoles rojos, negros, blancos, jaspeados de rojo ó de violado; muestras de maíz, de lengeragua, de carriaco; féculas de lairen, manioc, batatas, cafés provenientes de las haciendas de los señores Urbaneja, Perez, Montes, Jimenez, etc., etc.; excelentes cacao de las propiedades de los señores Escorihuela, Teño y Vargas; mantequillas saladas, leche del árbol de la vaca, frutos conservados en estado natural, dulces, azúcar, chocolate, etc.

Las bebidas se hallan igualmente representadas por numerosas muestras, tales como vinos de naranja, de caña de azúcar, aguardientes de plátano, ron, y dos clases del amargo, afamado en el mundo entero.

Se ve, por la enumeración que precede, aunque sea muy incompleta, que la Exposición de Venezuela se distingue sobre todo por la inmensa variedad de sus producciones agrícolas.

(Traducido de *La Finance et l'Industrie Illustrées*.)

## LA EXPOSICION DEL SALVADOR.

Entre las salas de que se compone la sección de la América central y meridional en el Palacio del Campo de Marte, hay una que se distingue especialmente por la elegancia de su organización, á saber, la que está consagrada á la República del Salvador. En todos los detalles del arreglo de las vidrieras y la colocación de los objetos, se ve allí la mano de un hombre de gusto.

En medio del Campo de Marte, lleno como está de las innumerables producciones que la actividad y el genio han creado en todos los pueblos civilizados, no podía descuidarse nada que pudiese cautivar la atención de las gentes; así lo comprendió el organizador de la Exposición del Salvador, y le dirigimos por lo mismo nuestras sinceras felicitaciones.

La fachada se compone de altas arcadas cuyos adornos imitan la arquitectura antigua de los incas. Suspendidos á los muros se hallan escudos de la nación y banderas salvadoreñas formadas de fajas alternas, blancas y azules, y un cuartel rojo salpicado de catorce estrellas de plata. Nada más vistoso que este conjunto. Entremos, pues, tomemos asiento en el diván y recor-

ramos con la vista las producciones que la joven República de la América latina nos ha enviado, « con ánimo de hacer conocidas las riquezas naturales del Salvador y las profundas simpatías que este país profesa por la primera nación de la raza latina. »

Con esta amable frase, el comisario general del Salvador, don David Guzman, termina el prefacio del catálogo que ha redactado bajo la dirección de S. E. el doctor don Rafael Zaldívar, presidente de la República.

Ya hemos dicho que el sindicato formado para representar á los Estados de la América Central y Meridional, está presidido por don José María Torres Caicedo, ministro plenipotenciario del Salvador en París. Este tan hábil diplomático, que reside desde hace muchos años entre nosotros rodeado de simpatías, ocupa en el mundo parisiense el lugar que le es debido por su distinción y su elevado y benévolo espíritu. El rango que tiene en la Legión de Honor prueba que el gobierno francés ha sabido apreciar el mérito del señor Torres Caicedo. Por lo demás, no ignoran nuestros lectores que el ministro del Salvador es un escritor de gran talento, y que de ello ha dado pruebas como periodista, historiador y poeta.

Felicitemos al sindicato por las inscripciones que ha tenido la ingeniosa idea de hacer colocar sobre los muros de la sala del Salvador. De un lado, se leen los nombres de Bolívar, San Martín, Sucre y otros eminentes personajes de la América latina, y del otro, estas líneas: « *Union latino-americana*; comercio anual de la Francia con las Repúblicas de la América latina: 800 millones de francos. » He aquí una frase que no necesita comentarios y que revela una situación comercial que muchas gentes ignoran. Y puesto que hemos entrado en el terreno económico, agreguemos un dato interesante: el Salvador posee la notable particularidad de *no tener deuda exterior*. ¡Qué contraste con otros Estados que no hemos menester nombrar!

El Salvador produce objetos de consumo indispensables para el mundo entero, tales como café, añil, cacao, caucho, canela, azúcar, cochinilla, bálsamo, tabaco, arroz, goma, metales, maderas preciosas, etc., etc. Se exportan igualmente tejidos, sombreros de paja, pieles, etc.

Hallamos en la sala del Salvador muestras interesantes de las producciones del país, ya naturales, ya manufacturadas. Mencionaremos también varios objetos curiosos, como trofeos de armas, utensilios indígenas, colecciones de aves, mariposas y animales diversos, objetos de peletería, aguardiente, ron, licores, muchas plantas alimenticias ó medicinales y otras muchas cosas que callamos por falta de espacio.

No nos sería posible enumerar todos los expositores del Salvador; nos limitaremos á mencionar en su conjunto la Exposición del gobierno, así como los envíos del doctor David Guzman, los de la Sociedad francesa de minas de Tabanco, la colección de don José María Torres Caicedo, la de don Lorenzo Merino y la del señor F. Laferrière.

(Traducido de *L'Univers Illustré*.)

## VIAS DE COMUNICACION

(Primer artículo).

El presidente de Colombia, decía en 1874 á los alumnos de la Universidad nacional, en la sesión solemne de distribución de recompensas, estas palabras:

« Seguramente Dios no ha levantado como un velo nuestras montañas, ni extendido como un palio nuestros bosques, solo para hacer pasar perpétuamente y como reyes proscritos, á nuestros rios solitarios por nuestros valles desiertos. Desechad, desechad vosotros tambien la aniquiladora teoría que nos declara incurablemente incapaces de salvar los estorbos que nos aislan como los demás pueblos han salvado los que los aislaban á ellos y que pretende hacernos creer que las riquezas naturales que nos rodean, no son la parte con que nos corresponde contribuir para el festin de los pueblos, sino la mera racion de una raza prisionera de por vida ó el viático de la muerte que en cada sepultura depositaba el salvaje.

» No, señores, nuestro deber colectivo, indeclinable, nuestra tendencia irresistible, ha de ser abrirnos camino á los horizontes del mundo. Necesitamos ya la atmósfera del comercio universal para nuestra respiracion de pueblo civilizado; y podemos, debemos romper las ligaduras que nos sujetan. Ni la historia, ni aun la imaginacion han representado todavía á todo un pueblo en la condicion del antiguo Encélado; es decir, amarrado con la eternidad de una cadena á la eternidad de una roca.

» Esa suerte la mereceria solo el pueblo que, delante de las dificultades que le cerrasen el paso, no tuviera la fé, la resolucion del profeta que arrojó su propio manto á las olas para que le abriesen camino. »

Citamos estas palabras porque ellas son aplicables á muchos paises de la América latina y porque, para paises como Colombia, Venezuela y Ecuador, en los que, importantes grupos de poblacion se hallan diseminados en una vasta extension de territorio, el problema de las vías de comunicacion es de tal importancia que no vacilamos en calificarlo de asunto de vida ó muerte para aquellas nacionalidades. Podemos equivocarnos, pero para nosotros aquel no es tan solamente un problema de ingeniería ó puramente industrial, sino de vida autonómica y de existencia como pueblos. En efecto, si más estrechos lazos no vienen á mantener en frecuente contacto los distantes centros de poblacion; si un comercio interior más activo no estimula el cambio — que, á semejanza de la caridad, observa un pensador, procura con el mismo acto la satisfaccion del que dá y la satisfaccion del que recibe, — si un interes más constante y directo no viene á unificar sus aspiraciones, sucederá con el trascurso del tiempo, cuando el aislamiento haya relajado todavía más la union y cuando las rencillas ó resentimientos de pueblo á pueblo adquieran mayor fuerza, que bastará la ambicion de un caudillo ó el delirio de un dia de revolucion para dar al traste con la integridad de aquellos paises, que se convertirán en diez ó más republiquejas cada dia ménos respetables y más anarquizadas.

¿Necesitamos citar el ejemplo de la antigua Colombia? ¿Hay para qué mencionar la América central?

Y es porque la union no es un sentimiento meramente platónico; ella no existe sino cuando tiene su razon de ser en el interes de todos; en una palabra, la union no es causa, sino resultado. El aislamiento y la distancia no solo entibian los afectos y separan los intereses, sino que engendran el espíritu de provincialismo, y este conduce á la disolucion y á la ruina. Hé ahí por qué en esos paises ha hecho tantos progresos la federacion, hasta llegar al extremo absurdo de llamar *soberranos* los Estados ó provincias en que se han dividido, y es curioso observar que esto suceda en América, al propio tiempo que en Europa se ha hecho sentir con

tanta fuerza esa tendencia á la reconstitucion de las viejas nacionalidades, que ha hecho de la Alemania un coloso y de la Italia un gran pais. Así, mientras en América nos complacemos en multiplicar las legislaciones, acá en Europa, todos los esfuerzos de los sabios y de los hombres pensadores no tienden sino á unificar la legislacion civil y penal, como el sistema monetario, el de pesas y medidas y el postal.

Sin duda que el mejor camino, quizás el único conocido, hácia la unidad, es la federacion; no la federacion que desmembra partes del mismo todo para tener el gusto de unir las despues, sino la federacion que junta y que reúne todos distintos, para formar un total mayor. Pero no es nuestro ánimo abogar por la reconstitucion de las antiguas nacionalidades americanas. Ello vendrá más tarde, cuando las vías de comunicacion hayan preparado el terreno, ó cuando una gran calamidad haya acercado los ánimos.

Cuanto á nosotros, bien quisiéramos tener voz y autoridad para predicar, no solo la unidad centro-americana, sino la que Bolívar soñó: la colombiana; bien quisiéramos que hoy, como en los campos gloriosos de Carabobo, Boyacá, Pichincha y Ayacucho, todos, los hijos del Guaire, como los del Magdalena y del Guayas, no fuésemos sino colombianos, y que nos cobijaran á todos aquellas bendecidas banderas listadas como el iris, que el ángel de la victoria sostenia, cuando el Libertador conducia la guardia colombiana hácia el antiguo templo del padre de la luz! — Mas si tan dulce ilusion no es hoy posible, que al menos las tres Repúblicas hermanas, en mala hora separadas por mezquinas ambiciones, cuando rindió el héroe su último suspiro, ese suspiro que fué tambien su última plegaria — « No aspiro á otra gloria que á la consolidacion de Colombia: todos deben trabajar por el bien inestimable de la union. » — ; que al menos ellas, decimos, no se desmembrén á su vez, y hagangirones el antiguo venerado estandarte!

Sí, abrigamos la firme conviccion de que si en 1830 hubiera habido rápidas y fáciles vías de comunicacion, existiria aún aquella poderosa República que se presentó ante el mundo « con un territorio inmenso, enriquecido con los mas preciosos dones de la benéfica Providencia, santificado con el martirio de sus sabios y honrado con la sangre de sus héroes. » (1).

\* \* \*

Bastiat ha descrito y refutado los *sofismas económicos*: alguien escribirá y refutará algun dia los *sofismas ferrocarrileros*, que los hay muchos y muy peligrosos. Su exámen nos llevaria muy léjos, y así, contentémonos con estudiar el mas comun, es á saber: que un ferrocarril puede crear industria y poblacion como la vara de un mago en los cuentos orientales. Es un error. Todo camino estimula la produccion porque ofrece salida á sus frutos, pero el camino no es agente de produccion. En otros términos, el ferrocarril puede desarrollar los gérmenes industriales de un pais, nunca crear industria en donde no la hay. Ejemplo, Panamá. ¿Qué ha ganado el Istmo en industria y poblacion con ese ferrocarril? Nada, porque ningun germen de riqueza estaba destinado á desarrollar, bajo el punto de vista istmeño.

(1) Alocucion del Congreso general á los pueblos de Colombia. Junio 6 de 1821.

Insistimos sobre esto, porque si bien todos están de acuerdo en teoría sobre la necesidad de abrir un camino, hay por desgracia muchas gentes que cuando se va á la práctica lo echan todo á perder. queriendo que aquel camino sea ni mas ni menos que una copia del de Glasgow á Lóndres; y que, á todas las objeciones que se les hace contestan que el ferrocarril dará para todo y entre mas en grande se haga mejor, tal vez porque imaginan que al ferrocarril es aplicable aquello de « caballo grande, ande ó no ande. » Este sofisma profesado con más ó menos buena fé, ha sido causa de mil lamentables resultados que no tenemos para qué mencionar aquí. El ejemplo del Perú es concluyente á este respecto.

¿Cuál, pues, debe ser la regla de conducta, cuál el criterio que deba guiar á los pueblos en la pacífica solución de aquellos problemas?

Digámoslo de una vez: atender á los intereses del mayor número, pero sobre todo fijarse un programa, porque como muy bien decia en Boulogne hace poco el señor ministro de Hacienda francés, quien dice programa dice límite, y quien se fija un límite no sueña con imposibles.

Las necesidades del tráfico en Sur-América no exigen grandes ni costosos caminos: comodidad y alguna rapidez, hé aquí todo.

Por eso es tan laudable la atención que desde hace algunos años viene consagrando el gobierno de Venezuela á la construcción de carreteras, como que estas son á los ferrocarriles, lo que los afluentes á los ríos caudalosos.

Carreteras, tramvías, ferrocarriles, — tal debe ser la marcha progresiva de las vías de comunicación en aquellos países.

Penetrados de estos principios, hemos deseado estudiar en la Exposición universal aquellos sistemas de locomoción, tramvías, ferro carriles de vía angosta, etc., de útil y posible aplicación en América, y nos proponemos dar cuenta de ellos en esta serie de artículos, con cuantos pormenores é ilustraciones creamos conducentes á dar una idea medianamente completa de ellos.

RICARDO S. PEREIRA.

## EL DESARROLLO CIENTIFICO MODERNO

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA SOCIEDAD  
POLITÉCNICA DE COLOMBIA

Por IGNACIO GUTIERREZ PONCE

(CONCLUSION)

La Francia habia llegado al apogeo de su grandeza bajo Luis XIV; la Inglaterra entraba bajo Guillermo III y la reina Ana, en un período de prosperidad creciente; la España gozaba de paz bajo los Borbones; la Europa entera, en suma, progresaba con rapidez, y el movimiento intelectual era por todas partes asombroso.

Las ciencias participaron de él, como es natural. Examinemos en qué sentido se dirigieron sus trabajos.

Por un lado Harvey y Malpighi habian suministrado á la medicina admirables métodos de investigación, que era preciso continuar; por otro, Galileo y Newton habian revelado las leyes que rigen al universo. Pero quedaba ese mismo universo que necesitaba ser estudiado en cada uno de sus seres: los animales, los minerales, las plantas. No bastaba conocer los astros por medio del telescopio, ni los infusorios que el microscopio hace aparen-

tes; era preciso entrar á conocer su esencia misma. Faltaba, en fin, penetrar en el mundo de los fluidos y los gases. Veamos ahora cómo emprendieron los sabios la resolución de esta cuestión.

Boerhave, el fundador de la química orgánica, Haller y Hunter, los padres de la anatomía comparada, nos ocuparán por algunos instantes.

Boerhave, profesor en la Universidad de Leyden, en Holanda, vino á ser uno de los hombres más famosos de su tiempo, y de todas las partes del mundo concurrían las gentes á escuchar sus lecciones. Se propuso descomponer las sustancias orgánicas de los animales y las plantas, y descubrir los materiales contenidos allí. De esta manera analizó la leche, la sangre, la bilis, el quilo y la linfa, así como también la sávia, las gomas y resinas, y los aceites de las plantas.

Haller, uno de sus discípulos, resultó tan grande como el maestro. Nació en Berna, y fué uno de los talentos más precoces que se han visto. Cuéntase que á los nueve años sabia griego y latín, y habia escrito un diccionario griego y hebreo, una gramática caldea y un diccionario histórico. A los diez y nueve años se recibió de doctor en medicina de la misma Universidad de Leyden, y vino á ser profesor en la de Goetingen.

Refieren también que cuando los alumnos iban á pasar la tesis, Haller acostumbraba hacerle á cada cual una pregunta sobre un punto difícil de anatomía ó fisiología, en que pudieran hacerse nuevos descubrimientos, y trazándoles un plan, les indicaba cómo debían principiar.

No dudo que esto será particularmente interesante para el señor Pardo, cuyas conferencias sobre la albumina nos han dado aquí á conocer la inteligencia y rara disposición que posee para este género de investigaciones.

Haller murió después de haber publicado 180 volúmenes.

Entre estos, los hay muy importantes sobre la Anatomía comparada. Pero más notable que Haller fué en este ramo John Hunter, nacido en Inglaterra.

Dedicó su vida á hacer cuidadosas disecciones de animales, y fundó un rico museo en la plaza de Leicester. Cuando Hunter murió, el Gobierno inglés compró sus colecciones y las cedió al Real Colegio de Cirujanos de Lóndres, en donde hoy se encuentran.

En tanto que los animales atraían de esta manera la atención de la ciencia, las plantas contaban con un gran genio que, como apóstol en tierra de indígenas, les bautizaba dándoles nombres.

Una humilde aldea de Suecia dió nacimiento á Lineo.

Pobre, de condición oscura, encontrando cerradas las puertas de los grandes, buscó recreo en las flores, que nunca se cerraron á su vista, ántes bien, parecían recoger á cual más algo de la inmensa gloria de ese sabio, para soltarla luego por el mundo como un gratísimo aroma.

Lineo clasificó minuciosamente todas las plantas hasta entonces conocidas, y las dió apellido, es decir, nombre específico. Su colección existe hoy en Lóndres en Burlington House, Piccadilly.

Murió lleno de honores, á los cuales se mostró profundamente agradecido. Pero su gratitud se dirigía en particular al Creador de la Naturaleza, del cual hablaba á menudo y al cual adoraba desde lo profundo de su alma, tanto que sobre la puerta de su cuarto de estudio tenia escritas estas palabras: *Innocue vivito Numen adest*, esto es: Vivamos en inocencia, porque Dios nos ve.

El siglo XVIII marchaba hácia su término, cuando aparecieron los grandes sabios que deberian con el descubrimiento de los gases, hasta hace poco llamados permanentes, hallar las bases verdaderas de la química moderna.

Cavendish, descubridor del Hidrógeno, Priestley y Scheele, descubridores del Oxígeno, y Lavoisier, el que destruyó la antigua teoría del flogiston, me ocuparian con detención si no hubiésemos ya tenido el placer de oír sobre el mismo asunto la erudita conferencia del señor Fonnegra.

Además, temeroso de abusar demasiado del tiempo que habéis tenido á bien concederme para esta conferencia, me limito á mencionar los trabajos astronómicos de Lagrange, Laplace y William Herschel; los estudios zoológicos de Jussieu, Cuvier, Lamark y Geoffroy Saint-Hilaire, y los viajes de Humboldt.

Haré otro tanto con respecto á Franklin, Galvani, Volta, Watt

y Davy, cuyos trabajos son más interesantes en relacion con los adelantos del siglo XIX.

A tiempo que terminaba el siglo XVIII, se efectuaba en el mundo una de las más notables transformaciones intelectuales que cuenta la historia. La Revolucion francesa hizo que todas las naciones entrasen en una via del todo diferente de aquellas que habian seguido. No solo fueron alteradas las leyes é instituciones de los pueblos, sido tambien sus costumbres y aspiraciones. La idea de la igualdad social empezó á dominar todos los espíritus. La publicacion de los derechos del hombre indujo á los pueblos dominados á la insurreccion, y quitó á los grandes mucho de su influjo. La aristocracia del dinero comenzó á ser más poderosa que la de la sangre; y el comercio, hasta entónces menospreciado, vino á ser una profesion noble. Los hombres abandonaron los vistosos ropajes de seda, y tomaron los sencillos vestidos de lana; cambiaron el espadin por el baston, y dejaron las pelucas blancas y los afeites de todo género. El mundo se metalizó las clases inferiores empezaron á agitarse para amontonar el oro que habia permanecido hasta entónces en manos de las altas clases. Se desarrolló en los hombres una actividad prodigiosa, y los viajes se hicieron más frecuentes.

Este torrente de innovacion arrastró tambien consigo á las ciencias. Los sabios se esforzaron principalmente en aumentar las comodidades de la vida, en desarrollar el comercio, las artes, las industrias, en acortar tiempo y distancias. Este espíritu domina en casi todos los grandes descubrimientos que tan notable han hecho al siglo XIX. Estudiarlos de prisa no seria cuerdo. Ya veis que uno solo, el teléfono, dió suficiente asunto al señor Juan N. Uribe para hacernos una excelente conferencia. Tratar de ellos con detencion no me seria posible esta noche [por lo muy vasto del asunto.

Suspenderé, pues, en este punto, reservándome el honor de hablaros en otra ocasion sobre la evolucion científica en el siglo XIX, y dándoos las mas cordiales gracias por la atencion que os habéis dignado prestarme.

## EL DIAMANTE AZUL

(Traducido del aleman.)

CONTINUACION.

Más tarde, habiendo desembarcado felizmente en Venecia, supe allí por unos mercaderes, quienes así mismo regresaban de excursiones marítimas, que ellos habian presenciado en alta mar un combate entre catorce fragatas y un bergantin, y que terminada la accion no se habian contado sino diez velas en el horizonte. Otros cuatro buques habian acompañado, pues, á mi soberbio *Taquini-Bekai* y á mi generoso Said y desaparecido en el profundo.

Nada habian ganado por tanto los vencedores. La embarcacion á que ellos venian dando caza no se habia rendido; y forzados á acompañarla, ella se habia hundido con su secreto en el abismo. Habian perecido todos mis compañeros, todos los testigos del robo temerario de mi novia. ¡Ningun ser humano podia ya traicionarme ante mis enemigos, para quienes yo ya no existia!

En Venecia tomé en arrendamiento uno de los mas hermosos palacios, cuyo dueño con sus dos hijos habia muerto hacia poco en el campo de batalla. Dos años pasé en ese palacio, dos años que pueden contárase por dos años de paraiso.

Venecia sostenia á la sazón una guerra sin tregua con Turquía; y así era que yo no podia abrigo temor alguno de que la Puerta intentase pesquisas contra mí.

Con todo eso, yo procedia con exquisita circunspeccion: hacíame pasar por un príncipe armenio, y mi mujer y yo frecuentábamos las iglesias católicas. Todos convenian en que mi esposa era la mujer mas bella de

Venecia. ¡Y qué fidelidad, qué amor no me manifestaba! Nunca se separaba de mi lado: siempre se nos veia juntos.

El hombre es tan vano, que gusta de hacer ostentacion de su felicidad: crece su gozo en razon de la envidia que despierta. Sí, como si los centellantes ojos de mi Leila no hubiesen bastado á su brillo, yo la cubria de diamantes, aunque el esplendor de esas piedras quedaba eclipsado ante su belleza.

Solo habia un adorno que yo no la permitia nunca traer en público: era una diadema, una cadenilla de filigrana, cuyo broche tenia engastado un brillante del tamaño de una nuez.

Nada de extraordinario tenia el ver en Venecia diamantes en grandes cantidades ni de gran valor. Mas éste era un diamante azul, una rareza, diferente del zafiro en que el color azul refleja los rayos del arco iris, como lo hacen las estrellas del poniente.

Yo le habia suplicado á Leila que nunca ciñese esa joya: precaucion que me era dictada, no por un mero presentimiento, sino por la calma de la reflexion. Mi fisonomía habia cambiado de tal modo, que dificilmente se hubiera reconocido en mí al mushir turco de antaño. En cuanto al rostro de Leila, ningun mortal la habia visto nunca descubierta, excepto el sultan y las mujeres del harem. Su novio mismo, el gran visir, no podia envanecerse de haberle levantado el velo. Sin embargo, el diamante azul podia traicionarla, porque esa curiosidad tiene su historia particular en que aparecen los nombres, y la suerte de quienes lo han poseido. Relativas á esa joya hay muchísimas leyendas: hasta ahora todos los poseedores de ese diamante azul del Karneo de Estambul han perecido de muerte violenta. De todos los diamantes de ese color, ese es el segundo en tamaño. El primero pertenece al gran Mogol, y es tan grande como un huevo de paloma.

Pero ¿es posible suponer que una mujer en posesion de la segunda joya del mundo haya de mantenerla oculta sin mostrarla á nadie? Dime, ¿serias tú capaz de ello, Hafisem?

Hafisem se puso á reir.

— En primer lugar, yo no tengo ningun diamante azul; en segundo lugar, no sabria á quién mostrárselo.

Empero, ninguna palabra de su respuesta dejaba comprender que si lo tuviese no lo enseñaria, ó no haria ostentacion de él.

— No te rias, Hafisem, repuso M. Herby, que el duelo sigue á la temeridad.

(Continuará.)

## POESIA.

### ERA TARDE!

El campo aún cubria  
La aurora de perfumes y colores;  
Y yo por él corria  
E iba cogiendo y marchitando flores.  
De pronto ví un anciano  
A la vera sentado tristemente,  
Y ¿no es verdad que el llano  
No tiene fin? — le pregunté inocente.  
El extendió la mano al horizonte:  
— « Mal haces, me contesta,  
En fatigarte tanto: allá está un monte  
Y has de llegar cansado ya á la cuesta. »



Mas yo seguí sin tino  
De firmeza y valor haciendo alarde,  
Y al empezar el áspero camino  
Ya caían las sombras de la tarde!

HERÁCLIO DE LA GUARDIA.

## EL ALMA MUDA

¡Que te bendiga Dios! — Brilla en tu frente  
Un rayo de la aurora; tu mirada,  
Llena de luz se siente :  
Las gracias en tu boca sonrosada  
Convidan al placer; y en móvil onda,  
De nácar y jazmín el seno ardiente  
Encubre mal la cabellera blonda!

¡Qué bella eres! ¡qué bella!...  
Mas... ah! cuando te veo,  
Siento una pena aguda,  
Pues imán tu hermosura del deseo,  
El alma siempre permanece muda!

HERÁCLIO DE LA GUARDIA.

## VICTOR HUGO EN CASA <sup>(1)</sup>

Tomamos del interesante libro que con este título ha publicado un joven poeta, el capítulo relativo á la entrevista de Don Pedro II, emperador del Brasil, con Victor Hugo, que no dudamos será leído con interés. Por lo demás, no será el único trozo que publiquemos de tan interesante obrita. Dice así:

En 1877, Don Pedro de Alcántara, emperador del Brasil, que visitaba por segunda vez la Francia, tenía el más vivo deseo de conocer á Victor Hugo; lamentábase, como Luis XIV, de la grandeza que tanto estorba en ocasiones, y de los impedimentos que las reglas de la etiqueta oponían á la satisfacción de su anhelo. Por medio de su embajada, hizo saber al poeta que deseaba recibir su visita, más Victor Hugo dijo, en respuesta, que no visitaba á nadie. Hízole preguntar de nuevo el emperador si no le sería posible verle en alguna parte. Victor Hugo le contestó que el viénes siguiente iría á Versalles y que, si el emperador quería ir allá, le esperaría en una de las comisiones del Senado. La entrevista quedó así arreglada sobre un terreno neutral. Pero ocurrieron los sucesos del 16 de mayo y como la cita era para el 18, hubo de ser aplazada indefinidamente. Don Pedro, entonces, partió por la calle de enmedio y mandó decir al poeta que le suplicaba recibiese al visitante que se le presentase solo, sin chambelán ni maestro de ceremonias.

El 22 de mayo, á eso de las nueve de la mañana, entraba el emperador del Brasil en casa de Victor Hugo, y al saludarle, le dice estas palabras que la historia debería recoger:

— Monsieur Victor Hugo, servíos darme valor, pues soy un poco tímido.

Victor Hugo le introdujo en su salón y le hizo sentar á su lado.

— Un sofá dividido con Victor Hugo, observó el emperador, hé aquí la primer vez que un asiento me hace el efecto de un trono.

Y aquellos dos hombres, la fuerza y la grandeza, el poder y el genio, conversaron por largo tiempo.

Don Pedro se mostró tal como es, sencillo en su grandeza, amigo de la luz y del progreso. Hablando de los otros soberanos, dijo á Victor Hugo:

— No hay por qué tener á mis colegas mucha mala voluntad, pues de tal modo se hallan rodeados, sitiados y engañados, que ellos no pueden tener nuestras ideas.

— Vos sois único en vuestra clase... felizmente, respondió Victor Hugo.

Acababa de dar á luz Victor Hugo el *Arte de ser abuelo*, y Don Pedro, despues de manifestarle su admiración por esta obra, y de haberle recitado algunos versos de tan precioso libro, pidióle como un favor que le presentara á sus nietezuelos, Juanita y Jorge. Hízolos venir el poeta, y llamando la niña:

— Juana, le dijo, te presento al emperador del Brasil.

— ¿Querriais darme un beso, señorita? le preguntó D. Pedro, y como Juana le presentara la frente:

— Ea, es un beso lo que te pido, agregó.

La señorita Juana le echó entonces ambos brazos al cuello, mas con tal fuerza, que Victor Hugo no pudo menos de reirse y observarle:

— Vamos, ¿te querriais pagar el lujo de estrangular un emperador?

— Sire, agregó en seguida, tengo el honor de presentar á V. M. mi nieto Jorge.

El emperador volviéndose hácia Jorge y acariciando con la mano sus suaves cabellos negros:

— Hijo mio, le dijo, aquí no hay mas que una magestad, — enseñando á Victor Hugo, — héla aquí.

Victor Hugo ofreció *El arte de ser abuelo* al emperador.

— ¿Qué vais á escribir sobre la primera página? preguntó este.

— Vuestro nombre y el mio.

— Iba á suplicároslo...

Y el poeta escribió: « A D. Pedro de Alcántara, — Victor Hugo. »

La conversacion continuó.

— Mucho me preocupais, dijo el emperador; á cada instante me pregunto: — ¿Qué hará Victor Hugo á estas horas? — Yo desearia tener una idea de cómo empleais vuestro día.

El poeta le refirió cómo empleaba su tiempo y cuán temprano empezaba su trabajo de todos los días. *Nulla dies sine linea*, es su divisa.

— Despues de almorzar, á eso de la una, agregó con una sonrisa el poeta, hago una cosa que vos no podriais hacer... Subo á los ómnibus.

— Y por qué no, replicó el emperador, ello me convendria perfectamente... la *imperial*!

Por estos ecos de la conversacion, bien puede conocerse que D. Pedro no solamente es un hombre de talento, sino espiritual, muy distinto por cierto de la idea que nos tenemos formada de los soberanos, por lo comun tan infatuados de su nacimiento, tan orgullosos de sus prerogativas y tan desdeñosos para el comun de los mortales.

El poeta preguntó á D. Pedro si no le inquietaba la idea de estar separado por largo tiempo de sus Estados.

— No, contestó el emperador, la cosa pública anda bien durante mi ausencia: hay por allá muchas gentes que valen tanto ó más que yo. Por lo demás, añadió, no pierdo mi tiempo aquí, Reino sobre un pueblo joven, y es por ilustrarlo, mejorarlo, hacerlo adelantar, por lo que hago valer mis derechos... y corrigiéndose: dije mal, no tengo derechos, — el poder que debo á los azares de la fortuna y del nacimiento.

Al oír estas palabras, Victor Hugo le dijo:

— Sois, señor, un gran ciudadano; ¡sois el nieto de Marco-Aurelio!

Era medio día cuando el emperador y el poeta se separaron; y algunos días más tarde, *el nieto de Marco-Aurelio* iba como un simple ciudadano á sentarse á la mesa del *abuelo de Juanita y de Jorge*.

*El gerente: Ducnos.*

(1) *Victor Hugo chez lui*, par M. Gustave Rivet, un vol. libre ría Dreyfous.